

CAPITULO II

LA IDEA DE LA PARADOJA

2.1 Generalidades sobre el concepto de paradoja.

Son dos los objetivos a desarrollar en este segundo capítulo. En primer lugar establecer una definición confiable del término paradoja. Una vez hecho esto, procederemos a analizar cómo la define Chesterton.

José Ferrater Mora, en su *Diccionario de filosofía*, nos dice que la palabra paradoja se deriva del griego paradoxa, de para, contra y doxa, opinión. (1981:323). Atendiendo a la raíz etimológica, paradoja significa pues lo contrario a la opinión común. Y añade que la paradoja maravilla, porque ofrece una visión asombrosa de las cosas, y sin embargo, estas pueden ser tal como la paradoja las describe. El elemento central de la paradoja es la contradicción aparente. Un ejemplo de paradoja es el precepto del Evangelio: “aquel que se enaltece será humillado y el que se humille será enaltecido”. O bien, el refrán romano *Festina lente*: apresúrate despacio.

Algunos autores consideran a la paradoja como una figura retórica. Helena Beristáin la define así:

Figura de pensamiento que altera la lógica de la expresión pues aproxima dos ideas opuestas y en apariencia irreconciliables, razón por la cual manifestarían un absurdo si se tomaran al pie de la letra, pero que contienen una profunda y sorprendente coherencia en su sentido figurado. La paradoja llama la atención por su forma aparentemente ilógica y absurda, sorprende y alerta por su aspecto de oposición irreductible, aunque la

contradicción es aparente porque se resuelve en un sentido más amplio del literalmente enunciado. (1998: 387)

He aquí pues, que la paradoja se define como una contradicción aparente. La paradoja puede ciertamente considerarse una “figura retórica” porque se puede expresar en palabras y como tal afecta al lenguaje; Sin embargo, creemos que va más allá de la retórica; es un problema que también a la lógica, puesto que su esencia reside en la aparente falta de ella. Al afectar a la lógica se acerca a la filosofía. Puede decirse que su verdadera razón de ser es filosófica. Sobre ella han tratado, de manera directa o referida, autores como Zenón de Elea, Aristóteles, Quintiliano, Epícteto, Plutarco, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Inmanuel Kant, Bertrand Russell, Blaise Pascal, Soren Kierkegard y Miguel de Unamuno. Ofreceremos una breve síntesis de la opinión que cada uno de estos pensadores tiene sobre la paradoja. Hemos de hacer notar que, aunque la paradoja es un concepto complejo, el elemento común a todos ellos es la presencia de la contradicción. Empecemos con los ejemplos.

Zenón de Elea, (Grecia, La paradoja de Zenón, llamada *Epiménides o el mentiroso de Creta*, le ha hecho famoso. Según la misma, se afirma lo siguiente:

Epiménides es cretense y afirma que todos los cretenses son mentirosos.

Si Epiménides es cretense y todos los cretenses son mentirosos, su afirmación es cierta. Pero si Epiménides estuviese diciendo la verdad, caería en una autocontradicción. Porque si dijese la verdad, no podría ser mentiroso, y según él mismo dice, todos los cretenses son mentirosos. La afirmación solo podría considerarse verdadera si y solo si Epiménides no fuera cretense. Pero es cretense, y no obstante el razonamiento lógico que hemos expuesto

más arriba, en el cuál se procede por deducción sin fallas aparentes, sólo podemos concluir que la afirmación hecha por Epiménides es falsa. Es éste un ejemplo que ha llamado la atención de los filósofos a lo largo del tiempo.

Por su parte, Aristóteles (Grecia, Siglo IV A.C.) aunque no habla abiertamente de paradoja, adelanta en cierto modo en el estudio de este concepto, al describir ampliamente la lógica y plantear los principios de la afirmación y negación, los cuales con el tiempo serán las bases de la paradoja..

Los pensadores latinos Quintiliano y Plutarco abordan un concepto filosófico próximo a la paradoja: la antinomia. Plutarco define la antinomia como una confrontación de dos leyes o conceptos contrarios: blanco y negro, bueno y malo, orden y caos. Quintiliano va un poco más allá e intuye que una ley engendra por fuerza a su concepto contrario.

San Agustín y Santo Tomás de Aquino, pilares de la filosofía medieval y piedras angulares del pensamiento teológico católico, tampoco hablan abiertamente de paradoja, pero abordan el concepto de forma indirecta. La divisa de San Agustín es significativa: creo porque quiero comprender. Para San Agustín no importa que el cristianismo parezca ser absurdo. Busca una verdad que no sólo satisfaga a su mente, sino a su corazón; la verdadera felicidad se encuentra en la posesión de la verdad completa. Y San Agustín encuentra la verdad en el Cristianismo. Para él, la fe es lo que apoya y da sentido a la razón. La fe es el sostén de la razón.

Santo Tomás, en cambio, va en dirección opuesta. Para él la razón es el sustento de la fe. La razón no debe temer, siempre que proceda rectamente, encontrar nada contrario a la fe. A lo sumo, la razón se topará con problemas que no puede resolver por si misma y es entonces cuando la fe viene en su auxilio. Lo verdaderamente importante de estos dos pensadores no es que aborden la paradoja como tal, sino que dentro de su filosofía ofrecen

cada cual a su manera una explicación para un problema que todavía hoy a muchos les resulta contradictorio: la relación entre fe y razón.

El concepto de antinomia será retomado, varios siglos más tarde, por el filósofo alemán Immanuel Kant quien, retomando a su vez los conceptos de Hegel, dará a los supuestos contrarios los nombres de tesis y antítesis y tratará de probar que al contradecirse justifican su propia existencia. Como dice Ferrater Mora, “una antinomia sólo tiene validez si la existencia de la tesis y la antítesis puede probarse con certeza”.

¿Qué diferencia existe entre paradoja y antinomia? Según Ferrater Mora, ambos términos pueden usarse como sinónimos, dado que los conceptos contienen la misma esencia: un contenido aparentemente ilógico que, si se mira con mayor detenimiento, resulta completamente válido.

. Soren A. Kierkegard, filósofo danés, propuso un tipo interesante de paradoja: la paradoja existencial, esto es, la que atañe directamente al comportamiento humano. En la paradoja existencial no hay contradicción, sino un choque de dos conceptos que podrían reflejar un absurdo. La paradoja existencial, dice Ferrater Mora, se propone establecer la verdad, en cuanto verdad profunda, frente a las verdades de la opinión común y hasta del pensamiento filosófico y científico. Es en cierto sentido un regreso al significado etimológico de paradoja. Así es como entiende la paradoja Kierkegard. Para él, la paradoja se manifiesta, por ejemplo, en el hecho de que el hombre elige creer en Dios mediante un acto de rebelión contra Dios. La paradoja no es entonces irracional; se vuelve lógica. Para que un hombre pueda revelarse contra Dios es preciso que admita a Dios. El propio concepto de paradoja se vuelve entonces paradójico.

Miguel de Unamuno, filósofo español, defiende la inutilidad de la pura lógica como instrumento para conocer la realidad. Unamuno se rebela contra el imperio de la lógica y

define al hombre como un haz de contradicciones. El racionalismo y el cientificismo son instrumentos que conducen al suicidio, utilizados por quienes, en su afán de ser antiteologistas, no ven en la contradicción el único modo de pensar y de sentir del hombre existencial..

2.2 Chesterton y la paradoja

Hemos efectuado un breve repaso histórico del concepto de paradoja y expresado algunas definiciones que han ofrecido de ella diferentes pensadores a lo largo del tiempo. Ahora nos corresponde, por tanto, decir unas palabras acerca del concepto chestertoniano de paradoja y lo que la crítica ha apuntado al respecto.

Para entender la relación que existe entre Chesterton y la paradoja, hay que partir del supuesto de que nuestro autor considera al hombre y al mundo como dos entes contradictorios por naturaleza, luego entonces, considera que el mundo solo se puede entender a través de paradojas. El autor nos dice en el primer capítulo de *La esfera y la Cruz*:

Los que miran la cuestión muy superficialmente consideran que la paradoja es cosa de chanza, propia del periodismo ligero. A este tipo pertenece la frase expresada por el galán de cierta comedia decadente: “La vida es demasiado importante como para tomarla en serio”. Los que miran la cuestión con un poco más de profundidad, consideran que la paradoja es cosa propia de las religiones. A este tipo pertenece la frase: “Los mansos heredarán la tierra”. Pero aquellos que sienten el punto fundamental del problema saben que la paradoja es algo inherente a la existencia del hombre. (Chesterton, 1944: 6)

He aquí la primera característica importante del concepto chestertoniano de paradoja. Para Chesterton, la paradoja está presente en todas las cosas. Él mismo admite que para

algunos, la paradoja puede parecer una cosa sin sentido; no obstante, le concede una importancia capital. La crítica coincide en este punto. Romeva nos dice que: “La paradoja existe en la realidad misma de muchas cosas. Y a menudo las paradojas de Chesterton tienen este carácter; no son suyas, sino de la realidad.” (1968:XXV)

La primera cualidad que le concede Chesterton a la paradoja es la de ser universal, componente esencial de la realidad cotidiana. Es notoria asimismo la relación que para Chesterton existe entre la lógica y la paradoja. En ese mismo primer capítulo, cuando Lucifer califica a la cruz como un animal irracional de cuatro patas, utiliza estas palabras, puestas en boca del monje Miguel, para defender las paradojas propias del cristianismo:

Lo que usted dice es cierto. Pero nosotros gustamos de las contradicciones manifiestas. El hombre es una contradicción manifiesta. Es un animal cuya superioridad sobre los otros animales consiste en haber caído. Esa cruz es, como usted dice, una colisión eterna. Es una lucha en piedra. Cada forma de vida es una lucha en carne. La forma de la cruz es irracional, cabalmente como la forma del ser humano es irracional. Dice usted que la cruz es un cuadrúpedo con una extremidad más larga que todo lo demás. Yo digo que el hombre es un cuadrúpedo que camina solamente sobre dos de sus patas. (1944:19)

Más adelante, Chesterton admite la necesidad de ir más allá de la lógica; en *Oxtodoxia* nos dice que el lógico es aquel que pretende meter el mundo en su cabeza; por eso su cabeza revienta. En *La esfera y la Cruz*, cuando Lucifer defiende la lógica pura como único camino para encontrar la verdad, Miguel responde:

Una vez conocí a un hombre como usted, Lucifer (...). Opinaba también que la cruz era un símbolo de barbarie y sinrazón. (...) Esa es la parábola de todos los racionalistas como usted. Empiezan ustedes rompiendo la cruz y acaban destruyendo el mundo habitable. Parten ustedes odiando lo irracional y acaban odiándolo todo, porque todo es irracional. (1944: 19)

Más significativo aún es este pasaje de *Ortodoxia*:

La verdadera dificultad con este mundo nuestro, no es que sea un mundo razonable ni que sea un mundo irrazonable. La dificultad más común, es que es aproximadamente razonable; pero no del todo. La vida no es ilógica; pero es una trampa para los lógicos. Parece un poco más matemática y regular de lo que es; su exactitud es evidente, pero su inexactitud está escondida. Su salvajismo yace en acecho. (1998: 61)

Si bien es cierto que estos pasajes son relativos a la encarnizada defensa que hace Chesterton de la fe cristiana, el mensaje de estas palabras es claro: para Chesterton, la vida está llena de contradicciones. Todo apunta a que, desde el punto de vista de nuestro autor, el hombre no puede aspirar a entender todo cuanto le rodea utilizando simplemente la lógica. Tiene, por fuerza, que admitir la existencia de lo ilógico, entendido no como aquello que va contra la lógica, sino como aquello que parece ir o va más allá de lo puramente lógico; visto así, lo ilógico es un camino válido. Chesterton toma conciencia de ello e impulsado por esta convicción, tiende frecuentemente esa trampa para los lógicos que es la paradoja. La paradoja, a primera vista, parece arremeter contra la lógica. No obstante, en realidad forma parte de ella.

Hasta aquí hemos visto que Chesterton define a la paradoja como algo universal y como una trampa lógica. Otra definición interesante es aquella que relaciona a la paradoja con el sentido común. En *La incredulidad del Padre Brown*, en un momento en que el sacerdote expresa una idea, uno de los personajes le pregunta si lo que dijo es una paradoja. El sacerdote responde:

No. Yo lo llamaría sentido común. Un hombre solo puede ser bueno, si toma conciencia de hasta donde llega en él la maldad. (1968: 568)

Analicemos esto un poco más a fondo. Para entender el concepto de nuestro autor, daremos primero una noción personal de lo que es el sentido común. Desde nuestro punto de vista se define como la habilidad que posee el hombre para intuir aquello que no es conocido directamente, a través de la expresión de un concepto relacionado con ese ente desconocido. Por ejemplo, si hay blanco, puedo intuir, aplicando el sentido común, y aplicando una relación de antagonismo, que hay algo que se define como negro. Chesterton aplica el sentido común cuando afirma que solo se puede encontrar la verdad con la lógica si puede encontrarse sin ella, o bien cuando apunta: El ateo es el que cree en Dios. Si no existiera Dios, no existirían los ateos.

La paradoja se establece entonces como un concepto más complejo. Chesterton, al relacionarlo con el sentido común, lo define como la interrelación de dos conceptos contradictorios que no se repelen, sino se complementan y que al complementarse justifican mutuamente su existencia, desde el punto de vista estrictamente conceptual. Bien mirado, podemos pensar que tiene razón; retomando el ejemplo del Padre Brown, diríamos que un hombre no puede concebir lo que es el bien si no tiene idea de lo que significa el mal. Aunque el bien y el mal son dos conceptos antagónicos por naturaleza, el que un hombre conozca alguno de los dos le confiere la posibilidad de identificar y definir el otro. Lo mismo ocurre con Dios y el ateísmo y con la relación lógico-ilógico. Un hombre puede estar sin Dios, solo cuando reconoce el concepto de Dios. Y un hombre solo puede reconocer una verdad lógica cuando sabe que hay una verdad ilógica.

Para ofrecer una explicación completamente satisfactoria de la paradoja y el sentido común, hemos de retomar la primera cualidad que le atribuye Chesterton: la de ser parte integrante de la realidad. Porque para que el hombre pueda definir algo, es necesario que le sea posible conocerlo. Y el hombre sólo puede conocer aquello que existe. Retomemos los

ejemplos que hemos utilizado anteriormente. Si el bien existe – aunque solo fuera en forma de concepto – entonces el concepto del mal tiene sentido. Si existe algo que se define como lógico, entonces también habrá algo que pueda considerarse ilógico. El ejemplo de Dios y los ateos es algo más complejo pero igualmente válido. El ateo niega a Dios. Pero al negarlo, está reconociendo su existencia. No tendría sentido negar algo que no existe, porque lo que no existe no puede ser afirmado ni negado. Sólo se puede afirmar o negar aquello que existe y el ateo niega a Dios; luego entonces, Dios existe.

Dediquemos ahora unas palabras al objeto que persigue Chesterton con empleo de la paradoja. En primera instancia podríamos imaginar que su meta es la búsqueda de la verdad. La crítica ha apuntado cosas interesantes en este sentido. Para Jesús Guiza y Acevedo, “Chesterton era ante todo un hombre lógico. Las palabras, para él, significaban ideas. Y esta pasión por lo lógico y por la búsqueda de la verdad le lleva al empleo de la ironía y de sus crueles paradojas.” (1937:65) En tanto, Augusto Assía sostiene: “Chesterton vivió perpetuamente desasegurado por la idea de la verdad, y sus paradojas no eran sino el doble lazo con que pretendía coger por los cuernos tan elusivo toro.”(1998:II) Chesterton mismo, en algunas de sus obras, relaciona la paradoja con la verdad. Una referencia al respecto la encontramos precisamente en *El Hombre que fue Jueves*. Podríamos pensar que la paradoja nos hace tomar conciencia de lo que las cosas *son* y no solo *aparentan ser*. Esta es una interpretación posible. Sin embargo, creemos que Chesterton va un poco más allá con sus paradojas. Son la expresión de verdades tan comunes y evidentes que nos cuesta trabajo pensar en ellas. Sirvámonos una vez más de los ejemplos que hemos venido utilizando. Es razonable suponer que un hombre, hallándose encasillado en lo que él considera lógica pura, se rehuse a admitir aquello que está fuera de ella y que se cataloga como ilógico. Es comprensible que un hombre, siendo bueno, evite y rehuya el mal; es

entendible que un ateo se cierre y no quiera aceptar que Dios existe. Pero en estos casos y por lo que hemos expuesto anteriormente, podemos afirmar que el hecho de un ateo niegue a Dios, de que un hombre bueno no admita lo malo, o de que un lógico esté en contra de lo ilógico, no supone la inexistencia de aquello que se rechaza. Y según dice Chesterton, la paradoja puede ayudar a que los hombres recordemos esa verdad olvidada, a saber: que aquello que nos resistimos a aceptar, de todas formas existe. Insistimos: no tendría sentido negar algo que ni siquiera puede definirse. En palabras de Romeva

En sus especulaciones Chesterton concede una importancia capital a los datos o nociones primeras, verdades no aprendidas, intuiciones del espíritu, comunes a todos los hombres, que se hallan al alcance de todos sin distinción. La verdad de la paradoja se insinúa en nuestro espíritu mientras la pluma del escritor parece complacerse en el absurdo y la contradicción. (1968:XXIII)

El empleo de la paradoja confiere también a Chesterton ciertos defectos de estilo. Como hemos dicho, las digresiones en las que tiende a caer – de las cuales la paradoja forma parte importante – puede hacer que la lectura de sus libros se torne difícil. Sin embargo, el defiende su manera de proceder. En su *Autobiografía*, nos dice: “No he comprendido por qué un argumento sólido se vuelve menos sólido cuando se le ilustra del modo más elaborado posible”. ¿Cuál es su propósito? Como hemos apuntado mas arriba, Chesterton posee una concepción peculiar de la paradoja. No es la expresión de lo “negro” que parece “blanco”, sino la expresión de lo “negro” **porque hay** “blanco”. La paradoja chestertoniana no tiene una relación de contradicción, sino una relación de causa y efecto.

. Chesterton toma conciencia de que la realidad está hecha de contradicciones y por ende, la explica a través de contradicciones. En apariencia, el método de Chesterton constituye un desafío a la lógica. Mas no es así. En realidad, la paradoja chestertoniana encierra una

lógica muy simple, cuyo punto de partida es la esencia misma del objeto estudiado; lo que queremos llamar “la filosofía de la correspondencia”. Nuestro autor elabora su razonamiento a partir de dos objetos que se contraponen, tan solo para concluir que la esencia de uno es precisamente lo que da razón de ser al otro. Chesterton entiende la paradoja no como una “contradicción aparente” sino como la expresión implícita de la antítesis del objeto expresado. Si existe A (negro) es porque B (blanco) le da sentido. Para que una cosa tenga sentido, tiene necesariamente que existir su contraparte. La contradicción cumple entonces una función copulativa y no antagónica. De ahí la doble funcionalidad del Consejo Supremo en el plano moral y político y de ahí la necesidad de aceptar la existencia de Dios en relación con la existencia del hombre. En *El Hombre que fue Jueves* hay diversos pasajes que confirman la visión que tiene Chesterton de la paradoja; analicemos dos de ellos. En el Capítulo XII, Syme dice a sus compañeros:

Óiganme ustedes. ¿Quieren que les diga el secreto del mundo? Pues el secreto está en que sólo vemos las espaldas del mundo. Sólo lo vemos por detrás. Por eso nos parece brutal. (Chesterton, 1968:163)

El sentido de las palabras de nuestro protagonista es claro. Para entender el mundo es necesario admitir la existencia de sus “dos caras”. El bien y mal, el orden y el caos, el hombre y Dios. El mundo está hecho no de contradicciones, sino de conceptos antagónicos que al contraponerse, se enriquecen y se dan sentido mutuamente. Al darnos cuenta de la necesidad que tienen el mal del bien, el hombre de Dios, y el caos del orden, el mundo, parafraseando a Syme, no nos parece tan brutal.

Sin embargo, para entender – o empezar a entender – el mundo, es necesario haber experimentado, como nuestros personajes, las dos caras de la moneda: ser policías y al

mismo tiempo anarquistas, haber defendido el orden y el caos, estar cerca de caer en la tentación (personificada por Gregory) y sin embargo, terminar acercándose a la luz representada por el Domingo. En el plano físico, es el policía quien da razón de ser al anarquista, y en el metafísico es Gregory y sus tentaciones quienes dan razón al Domingo. Al mismo tiempo, el Consejo y el Domingo se justifican mutuamente en su papel de “creador” y “entes creados”

El sentido de la paradoja se deja ver en el capítulo final de la novela. Al concluir esta fantástica serie de aventuras, el autor es capaz de decir, por boca de Gabriel Syme:

Ya entiendo lo que pasa. ¿Por qué han de pelear entre sí todas las cosas de la tierra? ¿Por qué cada cosa insignificante se ha de sublevar contra el mundo? ¿Por qué quiere combatir la mosca al universo? ¿por qué la florecita dorada ha de combatir al universo?. Por la misma razón que me obligó a estar en el Supremo consejo de los días. Para que todo lo que obedezca a una ley merezca la gloria y el asentimiento del anarquista. Para que todo el que lucha por el orden sea tan bravo, tan honrado como el dinamitero. (1968:175)

Estas palabras de Syme dejan entrever otro concepto que cobra gran importancia en el proceso chestertoniano: el del equilibrio necesario. En efecto, debemos tomar en cuenta que, inherente a la existencia de la paradoja hay una correspondencia perpetua entre los dos conceptos que se contraponen. Si alguno de ellos faltase, el otro se queda sin razón de ser; y al mismo tiempo, los defensores de un concepto deben reconocer, cuando menos, que el concepto antagónico existe. El equilibrio y el reconocimiento de lo opuesto son indispensables para la existencia de la paradoja, tal como Chéster ton la entiende; por eso Syme dice que “todo lo que este sujeto a una ley debe merecer el reconocimiento del anarquista, y todo defensor de la ley debe ser tan bravo y han honrado como el dinamitero. Para Chéster ton la paradoja no es solamente una contradicción; es un proceso según el cual dos conceptos opuestos se vuelven necesarios para la inteligencia y cobran sentido

mutuamente, mediante un proceso de contradicción. Es necesario apuntar además que nuestro autor prefiere una paradoja existencial, manifestada en los cambios de conducta, parecida a la propuesta por Kierkegaard. Chesterton hace que sus personajes experimenten continuos cambios en su accionar y se comporten como dos entes de naturaleza totalmente opuesta: anarquistas que se transforman en policías, como en *El Hombre que fue Jueves*; ateos que se transforman en creyentes, como en *La esfera y la cruz*; ladrones que se transforman en detectives, como en la saga del padre Brown

Sin embargo, Chesterton no es simplemente un paradojista. ¿Qué buscaba al presentar la posible duplicidad de la conducta moral, mediante la paradoja de Syme y compañía? ¿Por qué, como veremos más adelante, confiere cualidades sobrenaturales a Domingo, y le hace actuar casi con crueldad hacia los demás personajes? ¿Cuál fue el propósito que lo animó a escribir una novela construida basándose en contradicciones, y de hecho, a edificar toda su producción literaria en los cimientos de la paradoja?

Pienso que existen dos respuestas posibles. Una es el deseo que tiene Chesterton de rebelarse contra la monotonía de la vida. Chesterton propone una visión profunda de todo cuanto le rodea; por eso se acerca a la paradoja. La otra es la fascinación que ejerce sobre él la infancia. En opinión de Chesterton, el mundo sólo puede mirarse con ojos abiertos si se posee la agudeza, la inocencia y la curiosidad de un niño. He aquí las ideas que expresa sobre la infancia en su *Autobiografía*:

Era yo un personaje mucho más sabio y completo a los seis años que a los dieciséis. La adolescencia es una cosa compleja e incomprensible. Ni aún habiéndola pasado se entiende bien lo que es. Un hombre no comprende del todo a un chico, aún habiendo sido niño. Crece, por encima de lo que fue el niño, una especie de protección que pica como pelo; una dureza, una indiferencia, una combinación extraña de energía dispersa y sin objeto mezclada con cierta disposición a aceptar las convenciones, (1968: 38 y ss) .

Chesterton sostiene que el hombre pierde con la experiencia la capacidad de sorprenderse ante el mundo. La época dorada, la etapa en que nos preguntamos por las causas de todo y en la cual todos nos maravilla, es la infancia. Varias veces, en su *Autobiografía*, revela el autor su anhelo de no perder el derecho a cuestionarse todo, a admirar todo, a maravillarse por todo, cual si siguiera siendo un niño. Nos parece que las paradojas presentes en sus libros guardan cierta relación con esta veneración a la infancia. Chesterton quiere que el lector piense, que reflexione acerca de la realidad de las cosas, que no acepte todo lo que ve con esa docilidad propia del adulto, sino que indague, que se maraville y se cuestione todo como un niño. Chesterton se asoma al mundo con ojos infantiles e invita al lector a ver a través de ellos; esta actitud le convierte en lo bastante sencillo como para dejarse sorprender por todo y lo bastante complejo como para sorprender a todos. Tiene la virtud de volver común lo extraño y lo extraño fascinante. La paradoja se convierte en el instrumento ideal para provocar esa sensación de asombro propia de los infantes. Al mismo tiempo, la paradoja le sirve para ridiculizar a una sociedad - y no solo la inglesa, sino la occidental en términos generales.- que continuamente cae en contradicciones, que continuamente se deja llevar por las apariencias y no por el fondo, a la que no le importa presentar máscaras falsas, o ponerle al león piel de cordero.

Chesterton toma la paradoja como un método. Las que aparecen en sus libros obedecen también a un propósito moralizante. A la hora de examinar las paradojas chestertonianas, no debe perderse de vista el hecho de que su conversión religiosa haya sido un proceso lento, fraguado a lo largo de muchos años. Está consciente de que el cristianismo es esencialmente paradójico; de hecho, reconoce abiertamente que lo que primero me atrajo del catolicismo es algo que tendría que haberme causado repudio, por lo absurdo. Chesterton sabe que el cristianismo es paradójico y lo muestra en su obra con paradojas,

con preguntas contradictorias, como veremos más adelante. Chesterton, cuando escribe sobre el cristianismo, defiende sus paradojas mediante el empleo de la paradoja.

En conclusión: Chesterton define a la paradoja como una trampa lógica, inherente a la realidad, que encierra una indudable aprensible a través del sentido común, y que es un instrumento para llegar al conocimiento de la verdad, de la verdad cristiana que él defiende con tanto ahínco. La paradoja es un recurso que provoca en el lector la sensación de la admiración infantil ante el mundo de que habla el autor, y de paso, sirve para hacernos reflexionar y reírnos de nuestros propios defectos. Sin embargo, para que eso ocurra tenemos que dejarnos envolver por sus escritos. Chesterton, con sus paradojas, se nos revela como un escritor original y en extremo exigente.